



**MALOS**  
**PENSAMIENTOS**

**Precuela de "Mírame,  
solo a mí"**

**G. Elle Arce**

# Malos Pensamientos

G. Elle Arce

Copyright © 2016 Elle Arce  
Registered in safecreative: 1605157635731  
All rights reserved.  
ISBN: 1533278628  
ISBN-13: 978-1533278623  
Portada creada por Larissa Saravia  
Imagen de Metide

## SINOPSIS

Hay personas a las que conoces y de inmediato te sientes atraído a ellas, como un imán.

En mi caso, no solo fue atracción lo que me llevo a comprometer todo lo que la sociedad considera que es correcto, a olvidarme de mis principios.

Un impulso incontrolable me inundaba cada vez que estaba con ella. Sin importar todos los impedimentos que nos separaban mi deseo por ella crecía día a día.

Perdí el control de mis actos y me volví una criatura primaria que la deseaba una y otra vez. No me cansaba de ella.

Sin embargo, la verdad siempre sale a la luz, y la mía derumbo todo lo que tenía con mi dulce ángel. Después de todo, los impedimentos pueden llegar a ser mucho más grandes que los sentimientos.

## INDICE

### SINOPSIS

1

2

3

4

5

6 \_\_\_\_\_

7

8

9

10

11

12

13

14

15

### EPILOGO

Una mirada a "Mírame, solo a Mí"

Capítulo 1

Capítulo 2

### SOBRE LA AUTORA

Hágame el favor de firmar aquí, señor Borgia –señala la enfermera una línea del libro de visitas.

La mujer se ve exhausta de estar aquí sola viendo cómo pasan otras personas, que de todas formas no son muchas. Los hospitales psiquiátricos no son los más concurridos por personas ajenas al propio centro de salud.

¿En qué cuarto me dijo que estaba la señora Graciela? –pregunto antes de firmar el libro.

Esta en el número treinta y cuatro.

Gracias.

Finalmente, firmo el tonto libro de visitas.

Antes de que pueda dirigirme al cuarto de mi vieja amiga Graciela, veo como una jovencita de unos 14 o 15 años de edad se acerca. Una preciosidad muy desarrolladita para su edad.

Un lindo cabello rubio cubre su cabeza; su carita de niña con una pizca de inocencia hace de inmediato que mis deseos se disparen. Mi corazón esta irascible. No puedo entender como ver a una niña menor que yo, por muchos años me haga sentir esto.

Se acomoda la coleta para que se quede fija sobre su hombro derecho. El uniforme marca lo suficiente su cuerpo

de adolescente como para intuir que ya no es tan niña, que ha desarrollado lo suficiente para saber que hay curvas debajo de esa piel blanca de porcelana.

Ella no me voltea a ver.

□ ¿Johanna, está mi padre en la oficina? –pregunta. Su voz es tan afrodisíaca que de inmediato me la imagino gimiendo suavemente en mi oreja mientras yo...

Me detengo antes de pensar otra cosa más perversa.

Sobro la parte trasera de mi nuca y siento los bellos pequeños que están comenzando a salir. Esta situación es totalmente ridícula.

¡Es una niña, por el amor de Dios!

□ Por supuesto cariño, está en su despacho, puedes pasar tranquilamente porque justo ahora no está atendiendo a nadie –le contesta la enfermera.

Ella sonríe en señal de agradecimiento.

Se va caminando contoneando ligeramente las caderas, y dudo que lo haga intencionalmente, pero se ve tan malditamente bien...

Quizás no sea Graciela la única que debería estar en este lugar; está mal que yo esté pensando de esta manera sobre una adolescente que bien pudiera ser mi hermana menor a la que debería de cuidar. Esto está enfermo.

La veo irse y antes de pensar lo que estoy haciendo, la sigo con cuidado de no ser observado ni por ella, ni por la

enfermera, quien por suerte no presto atención a lo raro que me había puesto hace un momento mientras esta chica con cara de ángel estaba hablando con ella.

Entra a la oficina del que supongo debe ser su padre y me acerco cuidadosamente al filo de la puerta para poder ver un poco con quien es que ha ido a hablar esa niña hermosa.

Me siento como un acosador, pero no me importa. Mi corazón late con más fuerza y siento un atisbo de energía que jamás había sentido.

Hay un hombre de espaldas arreglando la estantería de libros que esta detrás de un escritorio hecho de vidrio.

□ Papá –trata de llamar su atención la chica.

□ ¿Qué quieres, Cassandra? –dice el hombre con tono serio, casi repugnante.

Cierro los puños. Me dan ganas de entrar en la oficina y partirle la cara a ese tipo cuando veo que Cassandra, el bello ángel rubio, se tambalea levemente, como si aquel tono despectivo utilizado por su padre le doliera.

□ Voy a ir a la biblioteca –dice Cassandra.

El señor solo asiente, y veo como los ojos del ángel se vuelven vidriosos.

Detesto a ese tipo por hacerle eso a una chica tan... dulce como ella. Y sí, no la conozco, pero es notable que no es una mala joven, incluso parece muy tierna.



El impulso en mi crece. Necesito cogermé a esa niña, pero esta mal, en muchas maneras.

Ella no solo es menor, sino también vulnerable, pero por todo los santos, mi cuerpo y mi mente piden a gritos que entre y la saque de ese lugar, alejándola de ese hombre que no la valora, y me la lleve y la encierre y luego haga con ella lo que quiera, lo que he querido hacer desde el primer momento en que la vi parada junto a mí.

¡Joder!

Doy media vuelta y camino hasta donde me dijo la enfermera que esta Graciela.

□ ¿Y cómo has estado Graciela? –le pregunto a mi vieja amiga de la infancia.

Graciela se limita solamente a verme.

Desde que la asaltaron hace unos seis meses ha estado paralizada como una estatua, no habla ni hace mayor cosa. A Graciela la quisieron asaltar, pero eso no fue lo que la traumo, sino ver como su asaltante mataba a una anciana que estaba junto a ella y a la que también estaba robándole.

Según informes policiacos, las dos iban caminando a la par cuando un sujeto con pasamontañas las empujo hacia un callejón oscuro y ahí las intento asaltar, el problema comenzó cuando la anciana se resistió al sujeto y él la apuñalo dos veces en el abdomen. Para suerte de Graciela, la policía andaba cerca y escucho su grito de horror al ver a la vieja desangrarse, por lo que el ladrón/asesino, huyo del lugar. La pobre mujer murió al instante dado que su hígado y su pulmón izquierdo fueron perforados.

Los agentes detuvieron al delincuente pero Graciela jamás volvió a ser la misma y la tuvieron que recluir en este lugar infernal.

□ ¿Sabes, acabo de ver a una niña muy linda? Más que linda –le cuento.

Era mi vecina de niña y siempre hemos sido bien amigos. Fue la única que me dijo que no me casara con Ana si no la quería. Debía haberle hecho caso, no la soporto y peor ahora que se ha vuelto más histérica por el embarazo. No sé cómo soportare estos siete meses restantes.

Todo por quererle hacer caso a mi padre, como de costumbre.

□ ¿Y tú, no has visto de casualidad a un enfermero sexy que te atraiga? –pregunto con picardía.

Graciela solo me mira de esa forma tan imperturbable que tiene, parece que no existe nadie dentro de su cabeza. Ese criminal se llevó más que su habla; se la llevo a ella.

Me levanto no sabiendo que más hacer.

He venido prácticamente desde que la internaron, es mi mejor amiga y seguirá siéndolo a pesar de estar en una clínica psiquiátrica pública.

Siempre vengo y le cuento como sigue su familia, con la que de vez en cuando hablo, o a veces solo le cuento como ha estado mi día.

Le beso la frente y me voy del cuarto nuevo en el que la han puesto. Anteriormente estaba en el ala de "pacientes temporales", le cambiaron a este cuando se dieron cuenta que su estancia en esta clínica no sería de carácter temporal.

Sus padres no pierden la esperanza de que algún día reaccionara, ni tampoco lo hago yo.

□ Nos vemos dentro de unos días –me despido antes de salir de su cuarto.

Me quedo pensando por un minuto y algo dentro de mí, me impulsa a salir corriendo hasta mi casa y buscar algo más juvenil que ponerme. Tendré 27 años, pero a veces aparento tener menos edad cuando me veo un poco menos formal.

Al llegar me encuentro que Ana esta durmiendo de forma ridícula. Tiene la mano fuera de la cama y la boca abierta babeando toda la almohada. Los pies lo tiene fuera de la cama, como si fuera lo suficientemente alta como para no caber dentro de los dos metros que mide la cama.

Con cuidado de no despertarla entro al cuarto y me cambio por algo más casual y hasta me despeino un poco.

¡¿Qué estoy haciendo?!

¡Esto es simplemente absurdo!

¿Por qué si quiera me importa si me veo de mi edad o más joven?

¿Qué estoy haciendo tratándome de ver ideal para una niña que bien podría ser mi hija?

Nada en mi comportamiento es apropiado y aun de esa manera, no puedo detenerme, es como si una fuerza invisible me estuviera moviendo. No es nada razonable la actitud que estoy tomando.

¡Es una niña! –me repito cuando estoy conduciendo mi auto directo a la biblioteca.

No debería hacer esto.

A parte de inmoral, seguro que es acoso.

Soy un hombre adulto que no debía si quiera haberse fijado en una niña a la que ni siquiera puedo decir que le llevo 10. Si mis sospechas son ciertas, ella ha de tener un máximo de 16 años, y eso da una diferencia de 11 años como mínimo.

Sin darme cuenta, ya me encuentro dentro de la biblioteca y he tomado un libro y sentado en una mesa en donde puedo ver casi todo el pequeño lugar.

A lo lejos, logro divisar a la pequeña rubia, Cassandra.

Todavía trae puesto su uniforme y me embriago con esa fantasía de la que cualquier hombre ha padecido. Su falda no es corta, pero sus piernas níveas se dejan ver levemente.

Quisiera poder despojarla de ese uniforme y hacerla gemir mi nombre hasta ya no tener más fuerzas.

Se levanta de la mesa en la que ha estado sentada desde que entre a la biblioteca y cruza todo el local para quedar justo frente a mí. Busca en un estante, pero suspira cuando ve que el libro que busca esta más arriba de lo que su pequeña estatura puede alcanzar.

Por un momento se queda viendo la estantería con odio, uno que parece dulce y hasta cierto punto me causa chiste su cara de enojo. Definitivamente en ella todo es bondad, no me cabe ni la menor duda de ello.

No la conozco, pero no puedo evitar dejar de compararla con la insípida de Ana.

No es que no le tenga cariño a mi esposa, pero el cariño no equivale al amor, y el amor es el único que soporta ver como una mujer te quita todo lo único que has amado en tu vida, y me refiero a mi libertad sexual. Era la única cosa que mi padre no me controlaba del todo. Claro, no es como que podía acostarme con medio mundo, pero en la intimidad podía hacer lo que fuera sin que los medios se dieran cuenta de ello, pero ahora con Ana... las cosas han cambiado mucho; si llego a tener sexo con ella una vez a la semana es mucho, lo que es deprimente.

Nunca le he sido infiel a mi esposa, pero comienzo a replantarme esa idea de fidelidad.

¿Cómo se le puede ser fiel a una persona por lo que dice un papel, un contrato?

¿Qué obligación moral impide que yo no busque en otro lugar lo que no puedo tener con ella? Y no me refiero al sexo, sino a ese sentimiento denominado amor.

¿Por qué solo por proteger mi carrera no puedo soñar con una vida diferente, con una persona que no este solo conmigo por obligación hacia nuestros padres?

¿Será mi hijo suficiente motivo para mantener este matrimonio que nunca tuvo que ser?

Echarle la culpa a mi hijo de seguir con Ana sería un error, sobre todo cuando la posibilidad del divorcio no exis-

te en mi vida, al menos no si quiero seguir siendo político, uno respetado.

La miro fijamente cuando trata de alcanzar el libro, poniéndose de putitas y estirándose lo más que puede, aun así parece que no es lo suficiente.

Me da ganas de ir a ayudarla de inmediato, pero cuando veo que parte de su plano abdomen salta a la vista, me detengo.

Sacudo la cabeza.

Nada esta bien conmigo.

Por un momento me permito fantasear y me imagino que no tengo ningún tipo de ataduras. No tengo mi edad, no tengo ninguna edad ni ella tampoco. No soy un pedófilo frente a la sociedad solo un hombre que se ha fijado en una mujer. No es una niña que desde lo lejos se le nota que esta necesitada de atención. No estoy casado. No hay uno y mil impedimentos que no me permitan acercarme a ella.

Me levanto como si tuviera un resorte en el trasero y decido que nada de eso existe si yo no quiero que exista.

Si ella acepta tener aunque sea una conversación conmigo, será porque ella así lo desea, no la obligare, pero no por eso dejare de intentarlo.

□ ¿Te ayudo? –le pregunto utilizando mi mejor sonrisa encantadora, con la que me he robado el aliento de muchas mujeres.